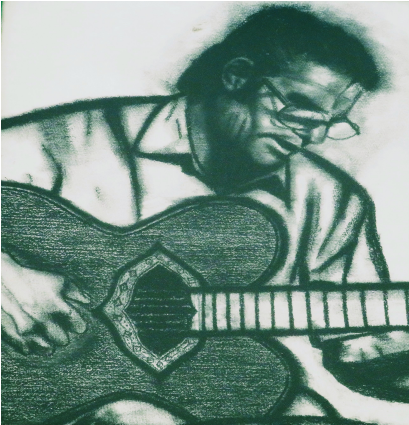


GERUNDINO, EL POETA DE LA GUITARRA



Francisco Ruiz Martínez

 Mi enorme gratitud a
 Juan M. Maldonado Vargas
 y Gabriel Torres Escoriza,
por haberme abierto la puerta
 al mundo de Gerundino

Qué fácil hablar o escribir de la luz, también de la niebla, del color, hasta de esa gama que componen los colores neutros, y cuán difícil de la negatividad, de la falta de respeto, de las cenizas y del silencio no buscado.

Don Gerundino Fernández fue, sigue siendo, la luz en la construcción de la guitarra, el artesano artista de los más genuinos instrumentos de cuerda del siglo XX en España. Y el maestro es almeriense, y sus guitarras son colores y olores de auroras en duelo de placer con los más hermosos sonidos. Lutier, guitarrero, qué más da. El maestro del instrumento con el que más acostumbrados están nuestros ojos, nuestros oídos.

Pero también Gerundino es el olvido en la Almería que lo vio nacer, y también morir, provocado por la intransigencia y el recelo a lo excelso. Porque los genios también nacen en esta tierra.

El maestro Gerundino vino al mundo en Níjar, la tierra de la inagotable bondad en el paisaje, de la artesanía del barro y el esparto. Modesta fue esa familia de ocho hermanos y padre músico de clarinete en la banda de música.

Pronto la familia abandona la bondad del sol hortelano y alegre nijareño, y pasa a residir en el barrio del Quemadero, en la Almería más medieval, al norte de la ciudad, lugar de templanza y sobriedad a pesar del abandono municipal a estos almerienses que merecen todo el respeto de la representación política. Cielo y tierra en un barrio que algunos insisten en mantener arrabalero. Pero Gerundino es diferente y no abandonará ya el barrio durante toda su vida.

Fue un niño inquieto y también un niño trabajador, que todos tenían que aportar para seguir adelante, que no había lugar en la familia para la contemplación artificiosa de querubines revoloteando. La inquietud le llevó a empezar en la carpintería, manipulando la madera, la que ya siempre sería su aliada. Estas labores facilitaban los movimientos por su temprano padecimiento de polio, la parálisis infantil que soportó, y con importantes secuelas en una pierna. Así, la ebanistería fue el primer destino profesional, que la aportación a la administración de la familia era imprescindible.

Eladio, el hermano mayor de Gerundino, cantante, guitarrista y transeúnte por el vecino Francia, acampaba en el barrio varias veces al año para reunirse con sus hermanos, con sus padres. Cuenta la familia de la llamada de encargo que desde Francia pidió a su hermano menor para que acompañara a un viajero que llegaría a la ciudad buscando guitarras de Antonio de Torres. Cumplió con el encargo yendo con el extranjero por los lugares probables de encontrar instrumentos fabricados en su momento por el lutier

almeriense más internacional. Primero por el barrio de origen de don Antonio, la Cañada, y de ahí por toda la provincia. Y fueron varios los instrumentos encontrados.

Había nacido Gerundino entre partituras e instrumentos de música, y así entretenía sus días de madera con la copla, el flamenco y la ansiedad por tener una guitarra propia. El precio que le ajustaban en Almería por una nueva era inadmisibile para el joven carpintero. Y así pasó a ser observador del trabajo del vecino Miguel, el guitarrero, cuando por la puerta del taller paseaba, que no había lugar a mantenerse como aprendiz. Y de trozos de muebles viejos de caoba fue construyéndose la guitarra, su primera y ansiada guitarra. Con esto llenaba su alforja de anhelos de música, que para saber tocar espléndidamente habría tiempo. En uno de aquellos encuentros a los que Eladio acudía por el barrio, probó el instrumento y su toque espléndido, especial, obnubiló al hermano mayor. Sabía que podría venderla en Francia a muy buen precio. No convenció a Gerundino, que a regañadientes se la dejó. Sufrió desprenderse de su guitarra.

Días después Eladio contó que inmediatamente la vendió en el mesón francés donde solía trabajar. Y pidió a su hermano más, y este simultaneó durante un tiempo la carpintería con la construcción de guitarras. Eladio llegaba al taller y se llevaba las que hubiere terminado. Arte e instinto empresarial revuelto, pero sin altercado entre ambas.

Gerundino y su esposa, su querida Josefa, aumentaban la familia, y a la par la casa pequeña iba creciendo en plantas, siempre con la reserva imprescindible de la ubicación del taller en la parte más alta, que la luz natural era la mejor para el trabajo minucioso en la madera. Llegó a tener la vivienda cuatro plantas, y la última siempre era para el taller, para las labores del maestro.

Los encargos de Eladio aumentaban y ya sí pudo abandonar la carpintería, dedicándose por completo a la guitarra. Extendida estaba la valía de estos instrumentos, las *gerundinas*, el sonido extraordinario, las pequeñas pero importantes modificaciones que iba introduciendo en el fondo, en la tapa armónica, la roseta o el mástil, ...

Las maderas, tan especiales para esas construcciones, las enviaba Eladio, a veces en el tren y era Josefa y otros familiares quienes se trasladaban a la estación de ferrocarril a recoger los pesados y valiosos paquetes. Palosanto brasileño, abeto alemán, caoba, ciprés, palisandro, eran algunos de esos tesoros de madera imprescindibles para el maestro lutier. La mejor madera, cuerpo y alma de la guitarra, subió la calidad de la terminación de los instrumentos. Pero también la ayuda inestimable de su amada Josefa, compañera inseparable, también en el taller, que llegó a conocer todo el proceso que seguía el maestro.

Eladio era el mejor intermediario entre su hermano artista y los compradores. El respeto y la admiración por su hermano lutier era el mejor de los compromisos, y el que facilitaba a Gerundino la tranquilidad que suponía no tener que inmiscuirse en labores a las que no podía dedicar ni un minuto de su tiempo. Los encargos venían de toda Francia, Alemania, Bélgica, etc, y también de Estados Unidos, Japón. Eladio elegía los mejores árboles allí donde estuvieren y seguía todo el proceso hasta que su hermano recibía la madera en su taller. Hermano singular Eladio; cantaba, su nombre artístico fue el "Niño de la alcazaba", pero fue también un importante emprendedor, marino de grandes barcos, ...

A pesar de esa popularidad, el maestro Gerundino seguía siendo el vecino de siempre, viviendo en la humilde casa de siempre, y que no pretendió cambiar en ningún momento. La insistencia del hermano le llevó a participar en algunos concursos, en los que ganó siempre los primeros puestos. Primer premio del concurso internacional de Ronda de guitarra artesana. Primer premio del IV Concurso internacional de maestros guitarreros de la UNESCO, celebrado en París. Gran premio absoluto y primer premio en acústica, también organizado por la UNESCO en París. Era enorme la satisfacción personal por aquellos premios, aun

más cuando las pruebas se realizaban en habitaciones en penumbra, así que el guitarrista no veía el instrumento que tocaba en ningún momento.

Los pedidos se multiplicaban también desde España.

Era habitual ver a personas extranjeras deambular por el barrio buscando el taller del maestro Gerundino. Cuentan anécdotas en este sentido todavía algunos de sus vecinos, como el gran tallista Gabriel Torres Escoriza, que acompañó en algunas ocasiones a extranjeros desorientados buscando al maestro.

Lutier incansable, pero rehusaba salir del taller para viajar. No soportaba los problemas de los largos viajes siempre desde Almería, que estaba muy lejos y mal comunicada de cualquier lugar. Cuenta su hijo lutier, del mismo nombre, que para colmo de motivos para no viajar, viniendo de regreso de París, tuvieron que soportar los inconvenientes de un aviso de atentado terrorista cuando atravesaban la frontera.

Fueron pocas las ocasiones, pero llegó el día que dejó de hacerlo definitivamente. Eran viajes largos y penosos para él. La dificultad para moverse era su principal obstáculo. Le llegaron a ofrecer la dirección de un taller en Estados Unidos para construir sus peculiares guitarras, que ya se conocían por todos como *gerundinas*, pero se negó. Su vida era su guitarra, su casa y su taller del Quemadero, sus amigos, sus gatos. Gran amante de estos curiosos animales.

Tal era el volumen de encargos que, durante dos décadas, dejó de experimentar en los proyectos de sus guitarras. Su objetivo era atender los pedidos y mantener la excepcionalidad de sus instrumentos. Es a partir de 1985 cuando sí entra de nuevo en los detalles nuevos a tratar, consiguiendo aun más singulares *gerundinas*: cambios en los lugares que ya los había introducido antes, en la cejuela, en el mástil. En silencio, concentrado, y rodeado siempre de sus tacos de lijado, sus calibres, mordazas para trastes, ...

Llegó a tener una alta cualificación técnica por su especial sensibilidad para el sonido del instrumento. Era su pasión tener en sus manos y trabajar en el cuerpo íntegramente en madera de la guitarra, su gran proyección de sonidos, el equilibrio de las notas suaves y dulces, tratar ese mástil ancho que facilitaba el rasgueo y el punteo, y sus contornos suaves a la par que delgados, la comodidad en su manejo que facilitaba la ejecución de estilo. Su caja de resonancia emitiendo los tonos cálidos y frecuencias exactas.

Una de sus guitarras alcanzó el máximo histórico en una subasta en Nueva York al adjudicarse al mejor postor por 16.730 dólares.



Su reconocimiento nacional e internacional fue grande. Sus instrumentos están por medio mundo, y en artistas como Paco de Lucía, Paco del Gastor, Vicente Amigo, Juan Martín, Tomatito, Pepe Habichuela, y un largo etcétera, pero también en personajes de la pantalla o la política como Jerry Lewis, Eric Clapton o Tony

Blair. No podemos olvidar a Raimundo Amador, el artista sevillano en sus maravillosas mezclas de flamenco, rock y blues. Cuentan que una noche, bien entrada la casi madrugada, aporrearon la puerta de la casa de Gerundino. Cuando abrió el maestro la puerta para recriminar a quien estaba molestando y podía despertar a los niños que dormían, se encontró con un Raimundo Amador que le rogaba, le suplicaba le vendiera una de sus guitarras. Ante la insistencia de Raimundo, le vendió una. Años más tarde, Raimundo dedicó una canción a esa, a su guitarra preferida. Y, cómo no, la tituló Gerundina, y tiene esta letra:

*Me se ha perdío mi Gerundina,
aquella guitarra que tanto quería,
es mi segunda mujer,
es mi segunda mujer.
¿Dónde está mi Gerundina?
Ya no quiero más mujer
porque la vida es muy dura,
ya no quiero más, ya no quiero más.
Cuando menos lo esperaba
me apareció mi Gerundina.
Dormió conmigo.
Y no quiere a otro, si no es conmigo,
y no se deja tocar, si no es conmigo.
Me se ha perdío mi Gerundina.
Aquella guitarra que tanto yo quería,
yo quiero a mi Gerundina,
a mi Bonilla.
Yo quiero a mi Gerundina,
a mi Bonilla.*

El apreciado maestro Gerundino enviudó en 1996, y sus años en soledad sin su amada Josefa fueron tristes, porque también se acrecentaban sus problemas de huesos, la artrosis que le dificultaba aun más los movimientos, y una sordera que lo iba aislando. Por su veneración a la guitarra y al cante, repartió algunos de los momentos en sus últimos años entre la Peña del Morato y la de Los Tempranos, la que se había creado por gentes que conocía bien de la Plaza de Pavía, La Chanca y Pescadería.

Don Gerundino Fernández, el poeta de la guitarra, el lutier del barrio del Quemadero, fallece en 2006 a la edad de 74 años, muy cerca de cumplir los 75.

Pronto erigieron un busto de bronce de la gran artista plástica de Almería, Maruja García, el día 15 de

febrero de 2008. Desde entonces preside la plaza del Quemadero, de su querido barrio. Una calle con su nombre se localiza en La Cañada, el barrio de don Antonio de Torres.

Pero ya en diciembre de 2013, cuando queda inaugurado el Museo de la Guitarra de la ciudad, don Gerundino Fernández, nuestro más internacional guitarrero del último siglo, queda olvidado, o peor, ninguneado. Unas fotos en su taller acompañaron a otras de otros guitarreros en una exposición temporal que hubo durante unos meses, colgadas en el pasillo del sótano que se dirige al Salón de actos de ese museo. Nada más. Ninguna mención, ninguna explicación por su ausencia,...

Triste desamparo del maestro en su ciudad, en su tierra, a la que tanto quiso.

A Gerundino Fernández, el poeta de la guitarra

Hombre de luz, verso limpio y aire propio

bisbiseando con delicadeza

a la madera de guitarra.

No hicieron sus manos vasijas de ingratitud,

que el olvido de otros solo pesca

en almadraba oscura, sin razones.

Hombre poderoso, hidalgo narrador

de dulces sonidos, los que resuenan

con la brida justa en la vihuela,

en la caja de espalda protectora

de tramoyas innecesarias.

No hicieron sus manos

megáfono gris petulante

como si ribetes colgaran

del mástil y la cejuela.

Hombre avezado en amigos

que siempre lo encuentran.

No hicieron sus manos albergue

de dolor henchido de tanto viento frío.

Hombre paseante sin ruido
por los atriles de la orquesta
de guitarras gerundinas,
abrazadas sin burladero,
acariciadas de rasgueo sutil.

No hicieron sus manos perfume de raíz
más atildado que labor continua, incansable,
como alimento de rincones antes oscuros.

Francisco Ruiz Martínez